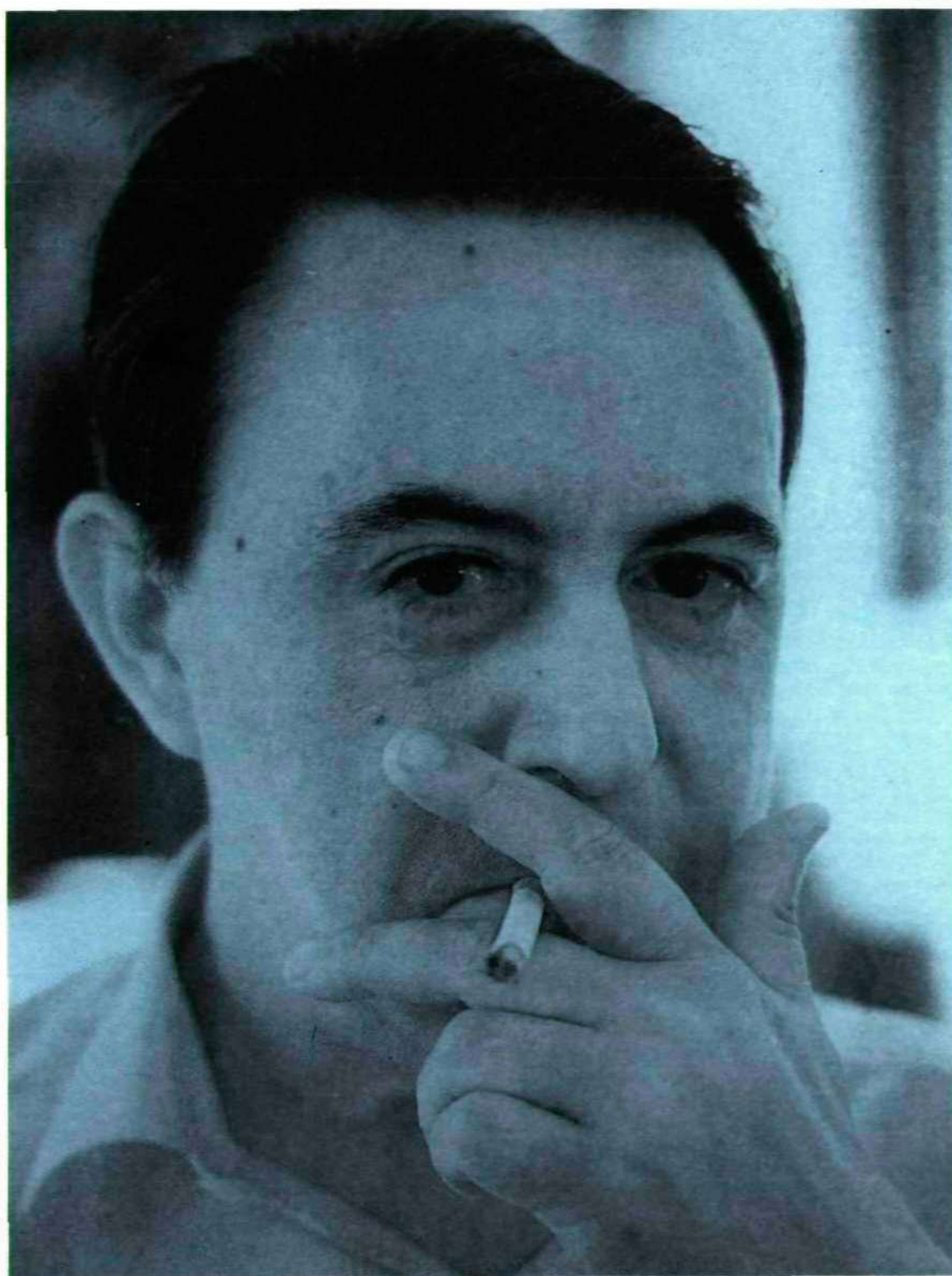


POESIA

¿HACIA DONDE?

Por Claudio Rodríguez



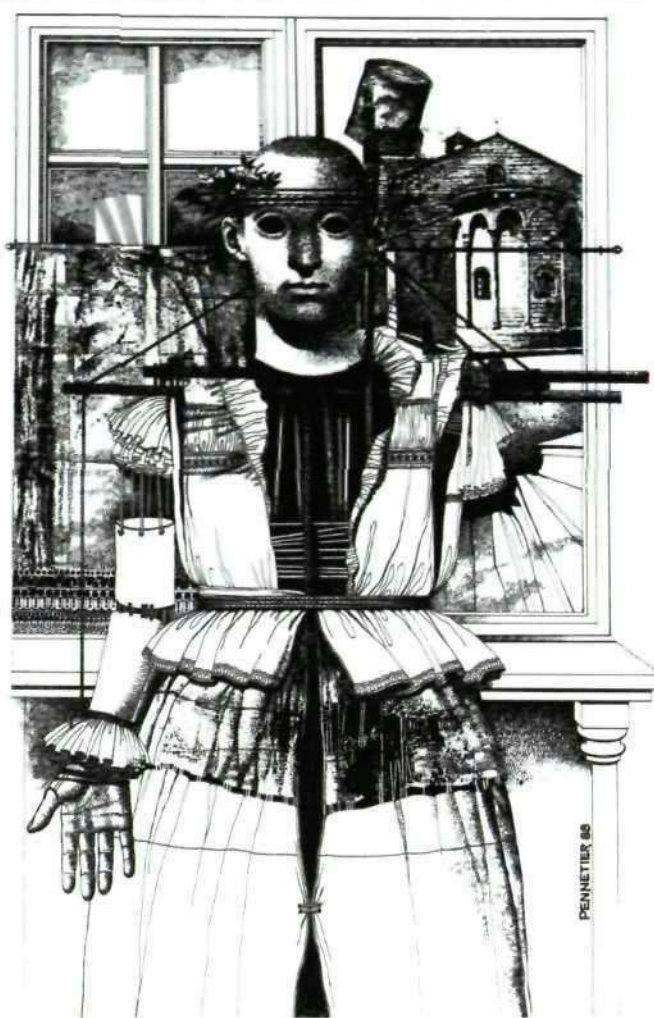
Claudio Rodríguez en 1988.

Lo primero que me pregunto es hasta qué nivel de familiaridad, de cercanía, tiene el autor hacia su propia obra. En mi caso es lejano. Hace años pensé en dos peligros: uno el que asedia al desviar la atención del lector hacia otras zonas extranjeras al territorio de los poemas, lo que puede influir en su encuentro con ellos; el otro: que se tenga en cuenta que el poeta, en mi caso, no puede registrar, en la declaración de su creación, su experiencia única, sino a lo sumo una serie de abstracciones, de juicios y prejuicios más o menos próximos a ella. Porque si la poesía es, entre otras cosas, una búsqueda, una participación entre la realidad y su experiencia poética a través del lenguaje, claro está que cada poema se configura y se modifica, a la vez, junto a la presencia de las cosas, de la vida y de su expresión: la palabra humana que va excavando un cauce, por decirlo así, que puede llegar hasta el «oráculo del sueño» o hasta un intento de creación del ritmo de las cosas y del de la intimidad más inefable.

Cuando comencé a escribir, muy tempranamente, mis poemas manaron de la contemplación viva de la realidad de mi tierra, con la geografía y con el pulso de la gente castellana, zamorana. Estos poemas se realizaron con una ausencia de conocimiento, en su posible concreción o articulación. De aquí su evidente tono irracional. Grave problema que tan sólo sugiero: ¿la experiencia es concreta? o bien, ¿mi ignorancia era sabiduría?

No sabía entonces que la contemplación, que es pensamiento, entraña moralidad y que mis andanzas iban configurando y modificando al mismo tiempo mi visión de las cosas y la de mi propio vivir (historia o leyenda) hasta hoy. El soñar es sencillo pero no el contemplar. Después de este primer peldaño adolescente se impone la forma de la materia, de su actividad que se serena o late de manera fulminante, como un asalto que hay

que conectar, tejer. Lo que el hombre ignora. Y es necesario que el volumen oscuro del devenir tenga una situación. Pero también se trata, sobre todo, de la aventura. La poesía es aventura, cultura, leyenda, como la vida misma. Fábula y signo. Y temple, repito, en vibración como fondo del misterio. Hasta llegar a mi último libro *El vuelo de la celebración* siempre existió en mi poesía —y en toda poesía— una tensión entre la objetividad y la subjetividad. Y, además, ¿podremos alcanzar tan sólo lo próximo, lo fascinante o lo que, mutilado, arrasado, condenado está ahí: lo tremendo? Este dualismo es, en el fondo, una identificación. Se celebra, se canta lo que se abre o lo que se cierra desde todas las posibilidades vitales: la figura de las cosas, el poderío de las sensaciones que pueden desembocar en feracidad y en sequía. Es como una «animación» que recrea, fugitivamente, lo que nos mejora. La celebración como posible conocimiento, como servidumbre, dando a esta palabra el significado más clarividente: el destino humano con todos sus adjetivos y consecuencias. Volviendo a la «mejora», según Fr. Luis de León. En efecto, se celebra, se escribe (aunque uno no



Fernando Pennetier. (Ilustración para el libro «Conjurios», editado en 1988 por la Diputación de Zamora).

sepa de modo consciente), y lo que estaba marchito se hace jugo.

Esto no es cuestión del arte pero para mí, sí: al intuir, esencialmente, se apuntala, se aclara, la creación inconcreta hasta que se celebra, hasta que el hombre sabe y se mejora: se podría hablar de un estado emocional «mejor», que es independiente de sus consecuencias en cierto sentido. Largo sería comentar este tema.

Mi único intento, en fin, es que mi poesía sea natural (no directa, o realista, o simbólica, etc.) de acuerdo con lo que puedo hacer y con lo que estoy viviendo. ¿Para qué hablar de cómo un poema es amo y es servidumbre a la vez de uno? Sigo creyendo, como el primer día, en esta ebriedad armoniosa, en esta aventura, en este peligro riguroso que es fracaso y triunfo. Lo único verdadero que un poeta puede decir de sus poemas es que «quien lo probó lo sabe».

Claudio Rodríguez (Zamora, 1934), de la Real Academia Española, es uno de los poetas más destacados de las generaciones de postguerra. Fue premio Adonais en 1953 por su libro *Don de la ebriedad*; premio de la Crítica por *Alianza y Condena* (1965); Premio Nacional por su recopilación *Desde mis poemas* (1983) y Premio de Castilla y León de las Letras (1987).

ESPUMA

Miro la espuma, su delicadeza que es tan distinta a la de la ceniza. Como quien mira una sonrisa, aquella por la que da su vida y le es fatiga y amparo, miro ahora la modesta espuma. Es el momento bronco y bello del uso, el roce, el acto de la entrega creándola. El dolor encarcelado del mar, se salva en fibra tan ligera; bajo la quilla, frente al dique, donde existe amor surcado, como en tierra la flor, nace la espuma. Y es en ella donde rompe la muerte, en su madeja donde el mar cobra ser, como en la cima de su pasión el hombre es hombre, fuera de otros negocios: en su leche viva. A este pretil, brocal de la materia que es manantial, no desembocadura, me asomo ahora, cuando la marea sube, y allí naufrago, allí me ahogo muy silenciosamente, con entera aceptación, ileso, renovado en las espumas imperecederas.

HERMANA MENTIRA

¿Por qué me está mirando el aire? La mañana es clara. Salgo de casa y siento esta ternura musical del cielo y la luz que se ofrece. Están las calles muy inocentes, con llaneza, ayuda, recién regadas. Pero, ¿por qué me está acusando el aire? ¿Qué es lo que pido, qué es lo que he perdido, qué es lo que gano ahora? Tú cállate o habla sin posible desvío, entre la sombra generosa, entre el bullicio o la gracia. Y no te quejes. Hay clima templado, cálido hoy; crece el naranjo y la mostaza negra, de semillas rojizas, en las viejas paredes

Tiza, aceite, carbón en las paredes. ¿Y qué dicen esas palabras como verdaderas, mal escritas, ahí, en la cal? Nunca me mires tú con la mirada baja, con orejas, rumorosa a mi engaño lleno de ti, como está llena la gota de agua, muy trémulamente, de la fecundidad de su mentira desnuda y plata. Pero, ¿por qué me está mirando el aire si ahora estoy maldiciendo su ilusión y su trampa? Cállate, cállate. No cuentes y no mientas. Pero, ¿por qué me está mirando el aire con vileza y sin fe?